

tensión que pretendo. Se me comprendería igualmente mal, aunque en sentido opuesto, si se creyera que, en definitiva, es indiferente designar á esta esencia en sí de todos los fenómenos con el nombre de voluntad ó con cualquier otro. Esto sería verdad si la existencia de la cosa en sí fuera puramente inferida y se la conociese sólo por una vía mediata y en abstracto; entonces se podría, en efecto, llamarla como se quisiera, pues en este caso el nombre no serviría más que como signo representativo de una cantidad desconocida. Pero lo que designa el término voluntad, que, como una palabra mágica, debe revelarnos la esencia íntima de todas las cosas del mundo, no es una cantidad desconocida, ni una simple deducción; es algo que descubrimos directamente, que conocemos de un modo tan íntimo que lo sabemos y comprendemos mejor que cosa alguna. Hasta el presente se reducía el concepto de *voluntad* al de *fuerza*; yo, por el contrario, incluyo el concepto de *fuerza* en el de *voluntad*. No se crea que ésta es una disputa de palabras ni que la cuestión es indiferente; pues tiene una importancia altamente significativa. El concepto de *fuerza*, como cualquier otro concepto, tiene por base la intuición del mundo material, el fenómeno, la representación, de la cual está tomado. Ha sido abstraído de la esfera en que reinan la causa y el efecto, de la percepción intuitiva, y significa, en verdad, la existencia de una causa de la causa, allí donde etiológicamente no puede explicarse la causa y donde dicho concepto constituye la hipótesis necesaria y previa de toda explicación etiológica. Por el contrario, el concepto de voluntad es el único, entre todos los posibles, que no tiene su origen en el fenómeno, en la pura representación intuitiva, sino en nosotros mismos, en nuestra conciencia inmediata, allí donde cada uno reconoce la esencia de su propio individuo,

directamente, y no bajo forma alguna, ni siquiera bajo la de sujeto, pues aquí el sujeto conociente y el objeto coinciden. Si incluimos el concepto de fuerza en el de voluntad, reducimos de hecho una cosa desconocida, á una eminentemente conocida, á la única que nos es real, inmediata y enteramente conocida; de esta manera ensanchamos mucho el horizonte de nuestro conocimiento. Si, por el contrario, incluimos, como se ha hecho hasta ahora, el concepto de voluntad en el de fuerza nos privamos del único conocimiento inmediato que tenemos de la naturaleza íntima del mundo, disolviéndole en un concepto abstracto del fenómeno, el cual no nos conducirá nunca más allá.

§ 23.

La *voluntad*, como cosa en sí, es enteramente distinta de su fenómeno é independiente de toda forma fenomenal; no reviste una más que cuando se manifiesta; por consiguiente, la forma concierne sólo á su objetivación y no á su esencia. La voluntad no conoce siquiera la forma más general de representación, la de un objeto para el sujeto, y todavía menos las otras formas subordinadas cuya expresión común es el principio de razón y que abrazan también el tiempo y el espacio; ignora igualmente la *pluralidad*, que no existe, ni es posible, más que en el tiempo y en el espacio. Desde este punto de vista, designaré en lo sucesivo estas dos últimas formas con el nombre de *principium individuationis*, tomado de la antigua escolástica propiamente dicha, y ruego al lector que no olvide jamás esta denominación. Sólo en virtud del tiempo y del espacio lo que es semejante y único, como esencia y como concepto, aparece múltiple como sucesión en el tiempo y como coexistencia en

el espacio; componen, pues, ambos aquel principio de individuación sobre el cual disputaron tanto los escolásticos; acerca de este punto puede consultarse á Suárez (Disp. 5 sect. 3).

Resulta de lo que queda expuesto que la voluntad, en cuanto cosa en sí, no entra en la esfera de ninguna de las formas del principio de razón, y por consiguiente no tiene razón alguna, aunque cada manifestación suya esté rigurosamente sometida á este principio; además, está emancipada de toda pluralidad, aunque sus fenómenos en el tiempo y en el espacio sean innumerables; pues ella es *una*, pero no una, á la manera de un objeto único, cuya unidad reconozcamos por contraste con su multiplicidad posible, ni á la manera que es único un concepto, es decir, por haber sido abstraído de la multiplicidad; es *una* porque se encuentra colocada fuera del tiempo y del espacio, fuera del principio de individuación y, por tanto, de toda multiplicidad posible. Cuando esto llegue á ser bien claro para nosotros por las consideraciones que voy á exponer sobre las diferentes manifestaciones de la voluntad, nos hallaremos en estado de comprender con exactitud el sentido de las doctrinas de Kant, cuando establece que el tiempo, el espacio y la causalidad no son cualidades de la cosa en sí, sino únicamente de las formas del conocimiento.

Se ha reconocido que la voluntad en su manifestación más distinta, ó sea en el hombre, no tenía *causa* (en el sentido más general de la palabra), y se la ha calificado de libre, de independiente. Pero al mismo tiempo, como no tiene causa, se ha perdido de vista la necesidad á que todos los fenómenos obedecen y se ha afirmado que sus actos son también libres, lo cual es falso, puesto que cada acto aislado procede, con rigurosa necesidad, de un motivo que obra sobre el carácter. Hemos

dicho ya varias veces que necesidad significa relación de causa á efecto y nada más. El principio de razón es la forma general de todo fenómeno, y el hombre en sus actos debe estar sometido á él como otro fenómeno cualquiera. Pero como la voluntad en sí es reconocida inmediatamente por la propia conciencia, resulta que este conocimiento abraza también la noción de libertad. Sólo que se olvida que el individuo, la persona, no es voluntad como cosa en sí, sino fenómeno de la voluntad, y que como tal está ya determinado y sometido á la forma del fenómeno, que es el principio de razón. De ahí esa consecuencia singular de que, *à priori*, el hombre se cree libre en cada uno de sus actos y se imagina que podría en cualquier momento comenzar otro género de vida, lo que equivale á decir que podría convertirse en otro hombre; mientras que *à posteriori*, ilustrado por la experiencia, descubre con gran asombro que, lejos de ser libre, es esclavo de la necesidad; que, á despecho de todas sus resoluciones y de todas sus reflexiones, no cambia de conducta, y que, desde el comienzo hasta el fin de su vida, se ve obligado á conservar el mismo carácter que reprueba, y por decirlo así, á desempeñar hasta el desenlace el papel de que está encargado.

No puedo extenderme más en estas consideraciones de moral, pues su lugar propio está en otra parte de la presente obra. Pero deseo repetir aún que la manifestación de la voluntad (aunque ésta en sí no tenga *causa*), se halla sometida, como fenómeno, á la ley de la necesidad, al principio de razón. Insisto sobre este punto para que la necesidad con que se producen los fenómenos en la naturaleza no impida reconocer que son manifestaciones de la voluntad.

No se ha considerado hasta el día como manifestaciones de la voluntad más que los cambios cuya causa

es un motivo, es decir, una representación; por eso no se atribuye voluntad en toda la Naturaleza, más que al hombre y si acaso á los animales; porque, en efecto, la facultad de conocimiento, la representación, como en otro lugar he mostrado, es el carácter verdadero y exclusivo de la animalidad. Pero el instinto y la industria de los animales nos prueba que la voluntad sabe obrar aún allí mismo donde no está dirigida por el conocimiento. No puede tratarse aquí de representación ni conocimiento, pues el fin en orden al cual trabajan, exactamente como si fuera un motivo del que tuviesen conciencia, les es perfectamente desconocido. Su acción no tiene motivo, ni está guiada por el conocimiento; hay aquí un primer hecho que nos demuestra que la voluntad puede obrar inconscientemente. El pájaro de un año no tiene conocimiento alguno de los huevos, para los cuales prepara el nido; la araña no conoce la presa para la cual tiende su tela, ni la hormiga-león, la hormiga cuya fosa ha cavado; la larva del ciervo volante busca en el bosque, donde va á experimentar su metamorfosis, un agujero que, cuando ha de salir de él un macho, es doble que el destinado á una hembra, á fin de reservar espacio para los cuernos, de los cuales no tiene la larva representación alguna.

En los actos de este género, de los animales, lo que obra es evidentemente la voluntad, mas es una actividad ciega, á la cual acompaña el conocimiento, pero no la dirige. Una vez adquirida la certeza de que la representación, como motivo, no es esencialmente una condición necesaria para la actividad de la voluntad, nos será más fácil reconocer esta actividad allí donde es menos evidente y no pretenderemos que el caracol construye su casa por una voluntad que no es la suya y que está dirigida por el conocimiento, ni sostendremos tampoco

que la casa que nosotros construimos se eleva por una voluntad distinta de la nuestra; diremos que las dos casas son obra de una voluntad que se objetiva en ambos fenómenos y que procede en nosotros por virtud de motivos, y en el caracol trabaja ciegamente bajo la forma de manifestación exterior de un instinto de construir. En el hombre esta misma voluntad trabaja también ciegamente en todas las funciones del cuerpo que no están gobernadas por la conciencia, en todos los procesos vitales y negativos, tales como la digestión, la circulación de la sangre, la secreción, el crecimiento, la reproducción. No sólo las acciones del cuerpo, sino el cuerpo entero es fenómeno de la voluntad, voluntad objetivada, voluntad concreta; todo lo que se produce en su interior debe producirse por la voluntad, sólo que allí esta voluntad no está dirigida por el conocimiento, ni determinada por motivos; obra ciegamente en virtud de ciertas causas llamadas en este caso *excitaciones*.

Llamo causa, en la acepción más restringida de la palabra, á aquel estado de la materia que después de haber producido necesariamente otro estado, experimenta un cambio igual al que acaba de determinar; esto es lo que expresa la regla: «la acción y la reacción son iguales entre sí.» Además, en este caso la acción crece exactamente en proporción de la causa, y la reacción lo mismo, de manera que dado el modo de acción, la intensidad de la causa puede medirse y calcularse por la intensidad de la acción y viceversa. Tales causas, llamadas así más especialmente en este caso, son lo que obra en los fenómenos mecánicos, químicos, etc., en resumen, en todos los cambios de los cuerpos inorgánicos. Por el contrario, llamo *excitación* á una causa tal que la reacción que ella misma experimenta no es proporcional á su acción, y cuyo grado de intensidad no marcha paralela-

mente con el de la acción, ni puede servir para medirla; por el contrario, un pequeño aumento en la excitación puede provocar en la acción uno muy grande, ó al revés, anular la acción anterior completamente, etc. A esta clase pertenecen las acciones sobre los cuerpos organizados en cuanto organizados. Todas las modificaciones orgánicas y vegetativas del cuerpo animal, proceden de excitaciones y no de causas. Pero la excitación, como toda causa en general y como todo motivo, no determina más que el momento de la manifestación de la fuerza, en el tiempo y en el espacio, y no su esencia propia; sabemos por las deducciones precedentes que esta esencia es la voluntad, y que á ella se deben atribuir todos los cambios conscientes ó inconscientes de nuestro cuerpo.

La excitación es el término medio entre el motivo ó causalidad llegada al conocimiento, y la causa en su acepción restringida, y forma la transición de uno á otra. Segun los casos, se acerca, ya al motivo, ya á la causa, de los cuales se la puede distinguir siempre sin embargo; así, por ejemplo, la ascensión de la savia en las plantas se efectúa por excitación, y no por una causa sacada sencillamente de la hidráulica ó de la capilaridad; con todo, estas causas la favorecen, y en general se aproxima mucho á la naturaleza de una modificación puramente causal. En cambio, los movimientos del *Hedysarum gyrans*, y de la *Mimosa pudica*, aunque se efectúan por virtud de excitaciones, se asemejan mucho á los producidos por motivos y parecen casi la transición á ellos. La contracción de la pupila ante una viva luz proviene de una excitación, pero entra ya en la clase de los movimientos motivados, pues se produce porque la luz demasiado intensa afectaría dolorosamente á la retina, y para evitarlo contraemos la pupila. La erección

es debida á un motivo, puesto que la ocasión que la produce es una representación, pero este motivo obra con la necesidad de una excitación, no es posible resistirle, y el único medio de paralizarle es alejarle. Lo propio ocurre con ciertos objetos repugnantes que provocan náuseas.

Hemos visto antes en el instinto de los animales un ejemplo de otro género, intermedio entre el movimiento en virtud de una excitación, y la acción debida á un motivo consciente. Me siento inclinado á considerar la respiración como una cosa intermedia de la misma especie; se ha discutido, en efecto, la cuestión de si se efectúa por un motivo ó por una excitación, y yo creo que tal vez se la podría colocar entre ambos. Marshall Hall (*On the diseases of the nervous system*, § 293 y siguientes), afirma que es una función mixta, puesto que depende en parte de los nervios cerebrales (locomoción voluntaria) y en parte de los nervios espirales (movimientos inconscientes). Sin embargo, parece que en definitiva se debe clasificarla entre los movimientos voluntarios motivados, pues hay otros motivos, es decir, puras representaciones, que pueden determinar á la voluntad á que retarde ó precipite la respiración, y según todas las apariencias, se podría suprimirla por completo como cualquier otro acto voluntario y asfixiarse deliberadamente. Esto sucedería, en efecto, en cuanto un motivo viniera á pesar sobre la voluntad con energía bastante para sobreponerse á la apremiante necesidad de aspirar el aire.

Se ha pretendido que Diógenes puso fin á sus días de esta manera (Diog. Laert, VI, 76). Los negros recurren, según se cuenta, á este género de suicidio. (T. B. Oslander, *Del Suicidio*, 1813, pág. 170 á 180.) En estos hechos hallaríamos un ejemplo admirable de la influencia de los motivos abstractos, es decir, de la preponde-

rancia de la voluntad racional, propiamente dicha, sobre la voluntad puramente animal. En apoyo de la idea de que la respiración es, en parte al menos, el resultado de una actividad cerebral, puede citarse el hecho de que el ácido cianhídrico produce la muerte, paralizando ante todo el cerebro y haciendo cesar así indirectamente la respiración; pero si ésta se sostiene artificialmente hasta que la narcosis cerebral se disipa, la muerte no sobreviene. Al mismo tiempo, la respiración, digámoslo de pasada, nos suministra el ejemplo más evidente de que los motivos obran con tanta necesidad como las excitaciones ó las simples causas (en la acepción restringida de esta palabra), y no pueden ser reducidos á la impotencia, más que por motivos opuestos, como la presión se anula por otra presión contraria.

La posibilidad de suprimir la respiración parece infinitamente más débil que la de suprimir otros movimientos que resultan de motivos, pues aquí el motivo es apremiante y muy próximo: su satisfacción, de las más fáciles á causa de ser infatigables los músculos activos de esta función; normalmente no tropieza con obstáculo alguno, y en fin, la favorece el hábito más inveterado. Pero, sin embargo, todos los motivos obran con igual necesidad.

Ahora que hemos reconocido ya que la necesidad que existe para los movimientos motivados existe de igual manera para los que proceden de excitaciones, comprenderemos más fácilmente que lo que se cumple de un modo normal en el organismo por virtud de excitaciones es también voluntad en cuanto á su esencia, la cual está sometida, no en sí, más en todas sus manifestaciones, al principio de razón, es decir, á la necesidad (1). No vaci-

(1) Estas consideraciones están enteramente demostradas en mi memoria de concurso sobre *El libre albedrío*. Las páginas 30 á 44

laremos, pues, en reconocer que los animales, no sólo en cuanto á sus acciones, sino también en cuanto á su existencia, á su configuración y á su organización entera, son fenómenos de la voluntad. Este conocimiento de las cosas, único que directamente nos es dado, lo aplicaremos asimismo á las plantas, cuyos movimientos todos nacen de excitaciones, puesto que la carencia de conocimiento y la consiguiente falta de movimientos provocados por motivos, es lo que establece la diferencia esencial entre el animal y la planta. Afirmaremos que aquello que para la representación aparece como planta, como mera vegetación, bajo el aspecto de una fuerza que obra ciegamente, es también voluntad, esa misma voluntad, que es la base de nuestro propio fenómeno, tal como éste se manifiesta en toda nuestra actividad y en la existencia de nuestro cuerpo.

No nos queda más que un último paso que dar en este camino; extender nuestra manera de considerar las cosas á todas esas fuerzas que trabajan en la Naturaleza según inmutables leyes generales y que producen los movimientos de todos los cuerpos inorgánicos, los cuales no tienen receptividad para las excitaciones, ni conocimiento de los motivos. Para esto debemos aplicar igualmente á los fenómenos del mundo inorgánico, que es el más diferente de nosotros, esa clave que tenemos para comprender la naturaleza de la cosa en sí, clave que sólo por el conocimiento inmediato de nuestra propia esencia hemos podido adquirir.

Echemos una ojeada investigadora sobre todos estos fenómenos: veremos la impetuosidad irresistible con la cual las aguas corren hacia los abismos la tenacidad con-

de los *Principios fundamentales de la ética* exponen y desenvuelven la relación entre la *excitación* y el *motivo*.

que el imán persiste en dirigirse hacia el polo Norte, el impulso del hierro cuando corre hacia el imán, la intensidad con que los polos tienden á reunirse en la corriente eléctrica, y que aumenta con la resistencia, como sucede con la vivacidad de los deseos humanos; veremos también al cristal formarse de un modo casi instantáneo, y con una regularidad de figura, que evidentemente no es más que una tendencia hacia muchas direcciones, tendencia enérgica y precisa que ha venido á sorprender y fijar una solidificación repentina; veremos la selección con que los cuerpos que no están sujetos por los lazos del estado sólido, sino que se encuentran en libertad, en estado fluído, se buscan ó se huyen, se unen ó se separan; en fin, sentiremos directamente en nosotros mismos como un fardo cuya tendencia hacia la masa terrestre contraría nuestro cuerpo y pesa con insistencia sobre nuestras espaldas, persiguiendo así su única aspiración; cuando hayamos meditado atentamente sobre todo esto no nos costará un gran esfuerzo de imaginación reconocer, ni aún á tan gran distancia de nuestra propia naturaleza, esa cosa que en nosotros persigue su fin iluminándose con el conocimiento, pero que allí, en sus más pálidas manifestaciones, no tiene más que tendencias ciegas, sordas, unilaterales é invariables; por tanto, así como el fulgor de la aurora lleva el nombre de luz solar, lo mismo que los rayos resplandecientes del Mediodía, de igual manera esta cosa que es, en todas partes, idéntica debe llevar, aquí como allá, el nombre de voluntad, pues este nombre designa la esencia íntima de todas las cosas que componen el mundo, la sustancia única de todo fenómeno.

La distancia, ó mejor, la absoluta diferencia aparente entre los fenómenos de la naturaleza inorgánica y de la voluntad humana, resulta principalmente del contraste

entre la regularidad invariable que reina en los primeros y la caprichosa irregularidad que domina en apariencia en las manifestaciones de la segunda. En efecto, la individualidad se acentúa fuertemente en el hombre; cada ser humano tiene su carácter propio; así, el mismo motivo no obra en todos con la misma fuerza; y mil circunstancias accesorias que tienen su lugar en la vasta esfera de conocimiento del individuo, pero que permanecen desconocidas para los otros, vienen á modificar aquella acción; de donde se sigue, que el motivo solo no es suficiente para prever de antemano la conducta; falta otro factor, á saber: el conocimiento que le acompaña. Las manifestaciones de las fuerzas naturales nos presentan el extremo contrario; obran por virtud de leyes generales, sin desviación y sin individualidad, en condiciones patentes siempre, y siempre susceptibles de ser rigurosamente previstas. Una fuerza natural, se manifiesta invariablemente de la misma manera en la infinidad de sus fenómenos. Para dilucidar este punto, para establecer la identidad de esta voluntad única é indivisible en todas sus diferentes manifestaciones, así en las más débiles como en las más enérgicas, debemos examinar primeramente la relación que existe entre la voluntad como cosa en sí y su fenómeno; ó, en otros términos, entre el mundo como voluntad y el mundo como representación; esto nos abrirá camino para un estudio más profundo de la materia de que trata este segundo libro (1).

§ 24.

Sabemos, gracias al gran filósofo Kant, que el tiem-

(1) Véase en mi obra *La voluntad en la Naturaleza*, el capítulo *Fisiología de las plantas*, y otro capítulo, de importancia capital para la sustancia de mi metafísica, titulado *Astronomía física*.